

AGOSTO 2016

Desafíos y oportunidades para la Argentina en el siglo XXI

Por Jorge Castro y Ricardo Lagorio

Disertación de Jorge Castro

Voy a centrar mi exposición en tres puntos: el primero, sobre el referendo británico y su inauguración de una nueva época histórica en la política mundial; el segundo, sobre la desarticulación de la Unión Europea, revelada por el referendo británico, como muestra de una crisis de gobernabilidad global; el tercero, sobre un posible triunfo de Donald Trump en los Estados Unidos en noviembre y su necesario impacto geopolítico en el sistema mundial, solo comparable, por su magnitud, con la caída de la Unión Soviética en 1991.

El factor decisivo del triunfo de la opción por “salir” en el referendo británico ha sido el voto masivo (64%) de la clase trabajadora industrial de los distritos del norte de Inglaterra. Este grupo representa la diferencia de tres puntos entre la opción ganadora por “salir” y la opción perdedora por “permanecer” en la Unión Europea. Este resultado revela una tendencia de orden global: la virtual sublevación de los trabajadores industriales de los países capitalistas avanzados, como consecuencia del carácter contradictorio del fenómeno de la globalización de la economía mundial, que tuvo lugar a partir de 1991, cuando la caída de la URSS dio paso a la unificación del sistema.

Aquello duplicó la fuerza de trabajo mundial¹ en un periodo de tres años, lo cual duplicó la renta global del capital a la vez que redujo a la mitad el fondo salarial de la acumulación capitalista. A todo esto, debemos agregar que los beneficios de la nueva ecuación de acumulación capitalista se han concentrado, prácticamente

* Sesión académica a cargo de Jorge Castro y Ricardo Lagorio en el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, el 2 de agosto de 2016.

en su totalidad, en el mundo emergente; sobre todo, en la región asiática y, en primer lugar, en China. Esto fue lo que le permitió a la República Popular extraer de la pobreza extrema a más de 600 millones de personas, a India a más de 190 millones y a Brasil entre 30 y 40 millones.

Mientras tanto, los prejuicios de la globalización de la economía mundial se concentraron en los países capitalistas avanzados; en especial, entre los trabajadores industriales norteamericanos y europeos, que son los grandes perdedores de este fenómeno. La globalización de la economía mundial –fenómeno que ha hecho eclosión este año, con el referendo británico– ha desatado una ola de rechazo al establishment político, económico y cultural tanto en los Estados Unidos como en Europa. Aquello explica el extraordinario respaldo a las candidaturas de Donald Trump y Bernie Sanders en los Estados Unidos, donde obtuvieron, sumados, más de 26 millones de votos en las elecciones primarias.

En este sentido, el referendo británico refleja la desarticulación de la Unión Europea e implica una crisis de gobernabilidad global.

La Unión Europea es el mayor espacio de integración regional creado en el mundo después de la segunda guerra mundial. Surgió como respuesta a la necesidad geopolítica de contener a la Unión Soviética en el transcurso de la

guerra fría y de integrar –en el mismo movimiento– a Alemania, la gran derrotada de la segunda guerra mundial.

Este proceso resultó extraordinariamente exitoso, como se reveló entre 1989 y 1991, con la caída de la Unión Soviética por sus contradicciones internas. Es importante resaltar que cayó en 1991 la URSS manteniendo intacto su sistema de defensa; implosionó, no fue derrotada militarmente. Al mismo tiempo, Alemania fue reunificada pacíficamente.

La Unión Europea, coronada por la OTAN, se convirtió en el principal andamiaje institucional de orden mundial, creado por impulso de los Estados Unidos a partir de 1948, utilizando, como elemento de construcción de esta extraordinaria obra histórica, el Plan Marshall.

Después de 1991 se extendió al mundo entero este sistema de gobernabilidad, bajo la forma de hegemonía unipolar norteamericana, que duro 17 años (hasta 2008).

En la Unión Europea, pilar básico de la arquitectura mundial, se ha producido una desarticulación fundamental como consecuencia del resultado del referendo británico. Por eso, el Brexit es, ante todo, una crisis del sistema global de gobernabilidad,

más allá del aspecto estrictamente europeo, y tiene efectos mundiales.

Por último, un triunfo de Donald Trump en los Estados Unidos en noviembre tendría un impacto geopolítico equivalente a la caída de la Unión Soviética en 1991.

Este suceso implicaría un reposicionamiento de los Estados Unidos en todos los planos del poder mundial. Ante todo, en lo que se refiere al comercio y a las inversiones.

Hay que prever, en especial, un drástico replanteo de la relación estadounidense con China, con el objetivo de obligar a la República Popular a una negociación bilateral fuera del marco multilateral de la Organización Mundial del Comercio (OMC). El objetivo principal de un gobierno de Trump sería disminuir rápidamente (en un plazo de 6 meses a 2 años) el superávit comercial chino en el intercambio de bienes entre los dos países². Al mismo tiempo, buscará abrir la totalidad de la estructura industrial china a la inversión de las grandes empresas norteamericanas, sin limitaciones. A su vez, buscará multiplicar las inversiones chinas en los Estados Unidos. De esta manera, la disminución del superávit comercial chino buscará aumentar la creación de fábricas y generar empleo dentro del territorio estadounidense.

El núcleo de la política de Trump consistiría en

incentivar el pleno despliegue del potencial norteamericano. Buscará otorgarle primacía frente a todo tipo de responsabilidad global, con el objeto de recuperar el lugar de liderazgo estadounidense en la competencia mundial.

En materia energética, habrá de exigir, posibilitar y financiar el pleno despliegue de la explotación del shale gas y shale oil de los Estados Unidos, de modo de convertir al país en la principal potencia energética del mundo; con lo que esto implica en la disminución de la importancia geopolítica de Medio Oriente.

Aún más, el cambio de fondo de un nuevo gobierno Trump estaría en incentivar toda la potencialidad de la nueva resolución industrial; reduciendo de inmediato el impuesto a la ganancia (del 35% al 15% dentro del primer año de la gestión) para alentar el despliegue de aquella potencialidad. Asimismo, facilitaría la repatriación de la totalidad de las ganancias en el exterior de las empresas estadounidenses (1,7 billones de dólares actualmente), sin necesidad de enfrentar un doble sistema impositivo.

También hay que prever que un gobierno de Trump reformularía el sistema de seguridad internacional de Estados Unidos.

La cuestión central hoy, en lo que parece ser

la corriente mayoritaria de la opinión pública estadounidense, no es la disputa por su hegemonía en el mundo, ni la contención de China, sino la plena recuperación de la competitividad de los Estados Unidos en el plano industrial.

Esto sucede al tiempo que la economía mundial enfrenta una situación de estancamiento estructural, que lleva cuatro años de crecimiento de 3% anual promedio a nivel global.

A su vez, lo más significativo del estancamiento del crecimiento de la economía mundial es la reducción de la tasa de expansión potencial de largo plazo de la economía mundial, pasando el 0,5% o -1% por año. Esto augura una perspectiva de depresión prolongada para el largo plazo. La causa fundamental de esta trampa de estancamiento estructural reside en la incapacidad para innovar que nos ofrece hoy el sistema capitalista; tanto en los países adelantados como en los emergentes, con la notoria excepción de China. Esto queda evidenciado con la parálisis en el proceso de reforma por el lado de la oferta que manifiesta tanto en los Estados Unidos, Europa, Brasil e India.

La gran excepción a esta parálisis del proceso de reforma es la República Popular. Este país se ha lanzado a un extraordinario experimento de

transformación de su fuerza de trabajo (constituida por 900 millones de trabajadores) en un movimiento masivo de creación de nuevos emprendedores a través del comercio por internet.

Mientras tanto, la nueva revolución industrial ha comenzado a desplegar todo su potencial a través de un proceso de reestructuración generalizada, que abarca tanto el sector manufacturero como el de los servicios, y que tiene su epicentro en los Estados Unidos y en Alemania. La nueva revolución industrial se convierte en la tendencia de fondo del sistema mundial en los próximos 15 a 20 años. A su vez lo revierte, pues cambia su sentido y direccionalidad mediante el traslado del eje del proceso de acumulación capitalista global: en los últimos 15 años ha pasado de los países avanzados a los emergentes; ahora, el nuevo eje de los acontecimientos mundiales se vuelca nuevamente hacia los Estados Unidos, que recupera su papel histórico de país frontera del sistema, aquel que Alexis de Tocqueville dijo que era el país del mundo donde “el futuro llega primero”.

Referencias:

- (1) El mundo capitalista pasó de una fuerza

de 1.500 millones de trabajadores, correspondientes en 1991 a 3.500 millones en 1993.

- (2) En 2015 el superávit comercial de China frente a los Estados Unidos ascendió a 380 mil millones de dólares.

Disertación de Ricardo Lagorio

Preparando esta intervención recordé una frase de la obra de teatro *La conversation*, de Jean d'Ormesson: "Hay momentos en los que la Historia parece dudar antes de tomar impulso". Creo que estamos en uno de esos momentos en que parece que la historia no arranca; está tomando impulso. Estamos en una era compleja y distinta. Nos convoca la perplejidad y nos acecha el temor. No sé si este mundo es más peligroso que anteriores, pero sin duda es mucho más complejo.

Cuando en 1988 Francis Fukuyama escribió su famoso artículo *¿El fin de la historia?*, parecía que la historia era muy simple: había terminado una época y empezaba otra. Pero no fue así. Nunca la historia es tan lineal. Recordemos que nuestros ancestros un día se acostaron pensando que la tierra era plana, y al día siguiente se descubrió que era redonda.

Quisiera trabajar en torno al concepto de la dualidad. Y vuelvo a valerme de una novela, de la *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens. Estamos en un mundo dickensiano, yendo constantemente entre la primavera-esperanza y el invierno-desesperación. Es un mundo dual porque, además de la racionalidad, priman las emociones. Eso es lo que lo hace complejo.

Es un mundo en donde trabajan al mismo tiempo el leviatán y el robot. No termina la historia de lanzarse, y estamos en el medio. Convive el leviatán, ese famoso, fabuloso y extraordinario esquema de sistema de relaciones internacionales –que surge en 1648 con los Estados westfalianos– pero convive con el robot, este avance espectacular, complejo e inexplicable de la revolución, de la tecnología y de la innovación.

Tenía razón Steve Jobs cuando hace unos años dijo que el iPhone iba a revolucionar el mundo; hoy prácticamente podemos trabajar con algo que llevamos en la palma de la mano. Pero, al mismo tiempo, están los conflictos. Tenemos la conectividad y la geografía: 64 millones de kilómetros de carreteras, 4 millones de kilómetros de vías férreas, 2 millones de kilómetros de tuberías, 1 millón de kilómetros de cables de internet y

medio millón de kilómetros de fronteras físicas. En esta dualidad convive el mundo moderno, donde la conectividad borra las fronteras físicas y presenta un mapa plenamente iluminado, con el mapa físico o político, con el cual estudiamos en la escuela.

Internet es una fenomenal cristalización de la anarquía internacional; el mundo es anárquico gracias a internet. Millones y millones de mensajes circulan por minuto en ese mundo sin fronteras y que no está supeditado a ninguna ley física ni ley de derecho internacional y, al mismo tiempo, cientos de seres humanos cruzan fronteras. Es la gran paradoja dickensiana: al mismo tiempo que navegamos en internet, nos morimos cruzando el mar mediterráneo.

Ese mundo es el que nos va a acompañar durante cierto tiempo: un mundo dual; pero va a ser muy complejo abordarlo porque tenemos un andamiaje preparado solo para un mundo westfaliano, físico, territorial.

Yo diría que hay un sistema westfaliano que está cuestionado. Westfalia no es solamente los tratados de Münster y Osnabrück. El sistema westfaliano está basado en la primacía de la soberanía, que hoy está cuestionada; hoy soberanía no es Grocio. El sistema westfaliano estaba basado en el control sobre el territorio geográfico. Hoy la geografía es virtual; ¿quién la

controla? Los gobiernos son los únicos actores del sistema westfaliano, y hoy han perdido el monopolio. El sistema de Estados está desweberizado.

El sistema westfaliano está basado en que el derecho internacional giraba en torno a tratados entre los Estados y que la guerra era un instrumento de las relaciones internacionales. Hoy la guerra es un conflicto que sabemos cuándo empieza y no cuándo termina. Es Clausewitz y anticlausewitz. Hoy la guerra es la continuación de la política por otros medios y la política es la continuación de la guerra por otros medios; es un círculo vicioso y virtuoso al mismo tiempo, difícil de manejar. Esa dualidad es lo que complica la comprensión del mundo, lo cual lleva inevitablemente a tener miradas estratégicas.

Esto no es novedoso, basta con leer y prestar atención a los libros. Si en 1923 se hubiera prestado atención a un libro escrito por un señor llamado Adolf Hitler, quizás la historia hubiera sido distinta. Lo mismo con el libro *La era Tecnocrónica*, escrito por Zbigniew Brzezinski en 1970, que unos años después sería el asesor de Seguridad de Jim Carter. Este autor anunciaba este mundo y sostenía que la Guerra Fría ya había terminado porque habían ganado los Estados Unidos y porque

había triunfado la ciencia y la tecnología. Hoy nos maravillamos, pero aquello fue escrito en 1970.

Entonces, me parece que es muy importante y oportuno convocar a pensar, imaginar y vislumbrar el futuro, porque las líneas del horizonte están ahí. Uno se sorprende por el Brexit, pero el Brexit podía pasar. Uno se sorprende por los atentados, pero los atentados pueden pasar. Yo recuerdo al Ex Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld –aunque sea un poco políticamente incorrecto citarlo– que acuñó la “teoría del uno por ciento”. Después del atentado del 11 de septiembre, él seguía muy preocupado en la cuestión del terrorismo. Con su vehemencia y su particular forma de ser, dijo: “mientras haya un 1% de posibilidad de que los hechos ocurran, yo debo ocuparme, porque cuando ocurren es el 100%”.

Entonces, prestémosle atención al 1%, veamos la línea de horizonte, veamos cómo los eventos se van desarrollando. Pero, de nuevo, es complicado, porque estamos en un sistema anti-hegeliano, ya que la tesis y la antítesis van en paralelo, y no terminan de generarse síntesis. En consecuencia, es muy difícil de abordar. Estamos siempre esperando a que algo culmine. Y en este mundo pareciera ser que los eventos nunca terminan de culminar, sino que van ocurriendo

uno tras otro, y nos van sorprendiendo día a día con cisnes negros, porque la historia no es lineal.

Yo diría que en este mundo dual y complejo conviven lo mejor de la modernidad con lo más bárbaro. La francesa Thérèse Delpech escribió en 2005 un libro titulado *El retorno a la barbarie en el siglo XXI (L'ensavagement, la barbarización)*. Hay algo de barbarismo cuando uno ve que un chico ataca con un hacha a cinco personas, o cuando un sacerdote es degollado.

¿Cómo ponemos eso en paralelo a un hombre en su casa trabajando con su computadora o su teléfono? ¿Cómo podemos poner en el mismo nivel ese avance societario que implica manejar en forma maravillosa los medios de comunicación, estar entrelazados, comunicados, y que la barbarie del hacha o del degüello siga existiendo?

¿Cómo convivimos? ¿Cómo lo abordamos? Es complejo. ¿Qué podemos hacer?

Aquí voy a detenerme en un aspecto más terrestre. A iniciativa del vicedecano, Carlos Foradori, se ha creado esta unidad de planificación de la Política Exterior, y también en la Presidencia se ha reeditado una Oficina de Asuntos Estratégicos, algo que Jorge Castro supo tener. Yo creo que la

Argentina también está empezando a buscar esas líneas de horizonte. Y es imprescindible, porque estamos en un mundo desterritorializado, destemporalizado y desweberalizado.

Sin instrumentos serios de conducción, sin una visión estratégica, sin gran estrategia de política exterior que nos permita combinar todo el potencial externo que tiene la Argentina hoy (que son la Cancillería, las Operaciones de Mantenimiento de la Paz a través del Ministerio de Defensa, un poder blando en ciencia y tecnología, en medioambiente, en educación, en cultura) para armar un gran esquema, va a ser difícil transitar este mundo complejo en donde al mismo tiempo vamos a tener que trabajar sobre la robótica pero cuidarnos del leviatán, porque el leviatán va a seguir acechando y la robótica va a seguir avanzando. Eso exige tener una gran estrategia de política exterior, poner en conjunto todos los segmentos y todas las capacidades del Estado y uniformarlas en función de interés, los valores y los principios nacionales.

Hoy no se puede hacer simplemente política exterior desde un solo ámbito; hay que movilizar todas las capacidades, todos los instrumentos.

Me gustaría terminar con algo que para mí es lo esencial, que son los valores, porque todo esto no tendría sentido si uno los dejara al azar. Quiero recordar la obra de Ambrogio Lorenzetti,

es un tríptico extraordinario que está en el Palacio Público de Siena, que se llama “Alegoría del Buen y del Mal Gobierno”, pintado entre 1337 y 1339, que representa al buen gobierno sustentado en las virtudes del valor, la justicia, la magnanimidad, la paz, la prudencia y la templanza. Y yo creo que tenemos que, en última instancia, más allá del Leviatán y del Robot, no perder nunca de vista que fundamentalmente tenemos que hacer el debate sobre el buen y el mal gobierno, porque hoy sería muy triste que terminásemos con un contrato tecnológico reemplazando al contrato social hobbesiano, rousseauiano o lockeano. Muchas gracias.

Jorge Castro / Analista internacional. Columnista de Clarín. Ex Director adjunto del Diario "El Cronista". Ex Secretario de Planeamiento Estratégico de la Nación (1998-2000). Nominado al Premio Konex en la especialidad Periodismo / Análisis político.

Ricardo Lagorio / Embajador. A cargo de la Unidad de Planeamiento y Análisis de Política Exterior del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. Destinado en la Misión Permanente de la República Argentina ante la ONU y en la Embajada argentina en Washington. Ex Subsecretario de Política y Estrategia del Ministerio de Defensa.

Se agradece la colaboración de Agustina Jabornisky y de Mateo Herzovich para la publicación de este artículo.

Para citar este artículo:

Castro, Jorge; Lagorio, Ricardo (2016), "Desafíos y oportunidades para la Argentina en el siglo XXI" [disponible en línea desde septiembre 2016], Serie de Artículos y Testimonios, N° 129. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Dirección URL: <http://www.cari.org.ar/pdf/at129.pdf>